

En mi opinión, cuando se nos llama a colaborar con la Sociedad de las Naciones—creada para evitar la guerra—compréndese de suyo que nuestra finalidad es la misma. Lo que se querría principalmente de nosotros, es la proposición de medidas referentes a ese objeto.

Y esto, dado nuestro campo de acción, se relaciona de una manera íntima con la instrucción pública. En nuestra calidad de hombres de ciencia—y mujeres, representadas, a fe, por la primera de todas—como escritores y profesores, somos transmisores de ideas, formadores de conciencias.

La conclusión más inquietante, quizá, que se ha podido extraer de la guerra, es que la conciencia pública se armonizaba con el estado belicoso. De ahí la unanimidad de los pueblos ante el conflicto, de ahí también el peligro de ver reproducirse este último a cada instante.

Tratarfáse, pues, de formar una conciencia nueva. Tarea pesada y complicada, y aun la más pesada y complicada que se pueda concebir. Razón de más para no aplazarla.

Entiendo, además, colaborar así por medio de esa cosa eminentemente latina que es la organización racional, sin desdenar, muy al contrario, los elementos decisivos de acción y de éxito que aportarían a la ejecución necesaria el eficaz empirismo anglosajón y el potente análisis germánico.

Puesto que las religiones no son de nuestra competencia, trataríamos de obtener una transformación *conceptual* de la enseñanza pública: no sólo en la Universidad, sino sobre todo en los estudios secundarios y en los normales que tienen por objeto la formación de los maestros de enseñanza primaria.

Para la mayoría de la gente, en efecto, la conciencia se forma sobre el conocimiento adquirido en la escuela primaria y en el liceo; y *la opinión pública* es para nosotros los modernos, sinónimo de mayoría.

Nuestra conciencia política—patriotismo y humanitarismo inclusive—es de formación histórica. La enseñanza de la historia, será, pues, nuestro punto de partida.

Para mejor precisar la enunciación de mi proyecto, permítidme adoptar la forma enumerativa cuya monotonía ofrece la ventaja de la brevedad. Profeso, a mayor abundamiento, como regla de conducta personal, la de que una exposición pueda llegar a tres artículos, pero no pasar de cinco. He aquí esa exposición:

1º—Transformación de la historia puramente narrativa de cada país y de los conjuntos continentales en historia de la civilización. Desde que esta última es ante todo comunicación y paz, consideraríanse bajo dicho aspecto los diferentes fenómenos históricos, orientados hacia la concepción de un solo esfuerzo para el aumento del bienestar.

2º—Transformación de la geografía particular y general, considerada, ante todo, como el continente de la historia, pero aplicada como instrumento para conocimiento recíproco de las relaciones y de las posibilidades útiles entre las naciones. La historia del comercio, que es en gran parte la de los descubrimientos geográficos, formaría el vínculo entre ambas ciencias.

3º—Intensificación de la enseñanza matemática, a fin de basar el razonamiento y la conciencia en la aceptación leal de la demostración, lo que constituye el concepto racional del honor. Este último punto es de la mayor importancia para la formación del carácter.

4º—Ampliación de la enseñanza de las letras clásicas y de la música, para fomentar los sentimientos de generosidad y de benevolencia que inspira la belleza desinteresada. La música es la más internacional de todas las artes: el lenguaje humano por excelencia.

5º—Enseñanza de la economía política fundada en el desarrollo de la industria, considerada como un patrimonio humano a cuya formación han concurrido todos los pueblos.

Toda la enseñanza, por lo demás, encaminaríase a la formación de una conciencia humana; pero *dentro* de la conciencia patriótica: *el género humano* tal como lo concebían los romanos del Imperio.

La oposición sistemática entre humanidad y patria, así como la división a menudo malévolamente entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, al cual reservábase exclusivamente la preferencia, son los dos grandes errores del humanitarismo político.

Hijo de esa grande piedad romántica, cuyo supremo cantor fué Víctor Hugo, podemos afirmar ahora que erró el camino. La humanidad sin patria, es una paradoja metafísica; y la definición del trabajo por el órgano empleado en él, una añagaza demagógica más o menos sentimental.

Trabajemos, pues, señores, como buenos trabajadores que somos; seamos buenos hijos de la humanidad a título de buenos patriotas.

Sólo me resta solicitar vuestra indulgencia por el tiempo infinitamente precioso que os ocupé. Os saludo, señores, y os quedo agradecido.

(Del Boletín Mensual de la Sociedad de las Naciones, Ginebra).

A solas

¡Cómo se aduerme el pensamiento mío,
y la conciencia calla, raras veces dormida,
con el pensar que sigue caminos ya trillados,
con el sentir ya rancio, que no da nueva vida!

Es el alto pensar y el sentir siempre hondo
un aislador humano,
y si sigues pensando y sintiendo a tu modo
te quedarás por siempre solo en el mundo, hermano.

¡Oh, bienaventurados los ricos de sentido
práctico, porque suyo es el reino soñado
de la tierra y el cielo! ¡Dulce goce tenido
el saber que uno piensa cual muchos han pensado
y todos tienen una común filosofía!
¡Cuándo será que pueda, como cualquier vecino,
emborracharme al cabo de tal sabiduría,
o a lo menos de vino!

JULIO MERCADO.

Desde Nueva York.

El último billete

Evocación de *Gaspar de la Noche*

El caballero de la Rue abrió el billete azul aromado de jazmín en el que la encantadora duquesa de Montbazon suspiraba aún su triste amor desde el umbral de la eternidad.

«Venid un instante, dueño mío. Dios me concede una hora fugaz para que pueda morir en vuestros brazos».

Con ademán negligente acercó la hoja frágil a la llama que irradiaba de un candelabro de oro, y siguió, durante algunos segundos, con una mirada sin expresión, el revolar de las negras cenizas que crugían en el silencio.

FROYLÁN TURCIOS

Noviembre de 1924